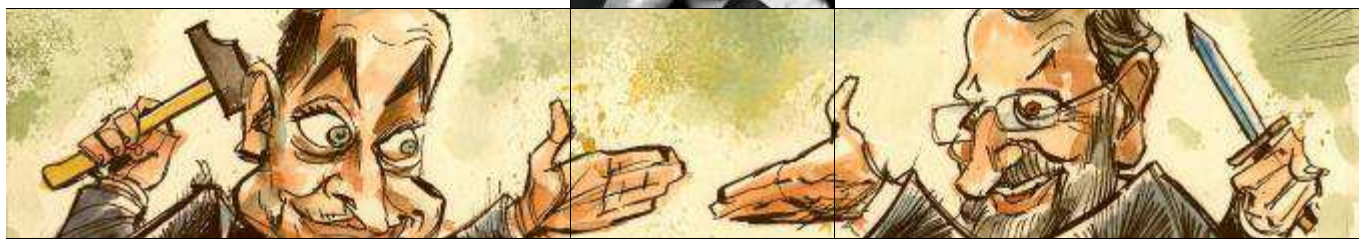




**MIGUEL ÁNGEL
BELLOSO**



EL PACTO

El horno no está para bollos. No pasa el día que el presidente de un gran banco o de una notable compañía esgrima la necesidad de un acuerdo nacional o un pacto de Estado para afrontar la crisis pero la cocina no está preparada. Incluso se propone un gobierno de concentración como el que dirigió Alemania la legislatura pasada sin la emergencia que nos acucia. El Rey ha hecho escarceos, evocando los días de plomo de la transición. La principal virtud de este consenso transversal es que las reformas obligadas estarían al socaire de la controversia política: dejarían de usarse como arma arrojadiza. Pero yo veo el asunto verde. El primer paso para una acción de envergadura es la aceptación de una responsabilidad compartida. Pero el pueblo tiende a creer que no ha tenido vela en la crisis. Que ésta ha sido el resultado de inversores dedicados a la especulación, de banqueros codiciosos y, a lo sumo, de unos reguladores incapaces. Aunque es verdad. La avaricia es parte de la naturaleza humana. También los pobres merecemos la condena. El crecimiento imparable y sostenido durante años del valor de la vivienda, la época dorada de moneda barata animó a endeudarse hasta a las familias con unas credenciales de pago más dudosas. La crisis fraguó porque tuvieron enfrente a unos prestamistas interesadamente generosos, dispuestos a saciar la sed. Contaban con la garantía de unos pisos que iban a revalorizarse eternamente, como en el pasado. Pero ya sabemos que no sucedió así. La responsabilidad de la debacle es común pero los políticos han hurtado la evidencia a la opinión pública, que no quiere saber nada al respecto. En un momento determinado, todos los que movemos la economía con nuestras decisiones individuales olvidamos los estándares de riesgo. Pero Zapatero ha preferido persuadirnos de que unos banqueros irresponsables de la América que gobernaba Bush han causado nuestros problemas.

Lo mismo ocurre en el mercado laboral. Los sindicatos se equivocan cuando se oponen a que los trabaja-

dores paguen por una crisis que supuestamente se debe a fenómenos financieros. El problema esencial de la economía española es la pérdida acumulada de competitividad durante una década. Hemos llegado hasta aquí porque los salarios nominales han crecido bastante más que la inflación y muy por encima de la media de la Unión Europea. Los empresarios han consentido este comportamiento suicida porque mientras el vapor iba viento en popa nada parecía del todo importante. La conclusión es que nuestros problemas son el resultado de la paradoja de la que ha hablado Robert J. Samuelson: pensando que el mundo era menos peligroso -al fin y al cabo llevábamos una década creciendo sin inflación- la gente, toda la gente, tomó decisiones que lo hicieron más arriesgado.

Un pacto de Estado debería comenzar por un diagnóstico certero de la crisis. Ésta no ha sido sólo el resultado de los crímenes de unos financieros sin escrúpulos. No ha sido Reagan el que sembró la semilla al decir aquello de que el Gobierno era, más que una solución, un problema. La respuesta es mucho más sencilla. Como dice Samuelson, la prosperidad prolongada anuló el sentido de prudencia de toda la gente. Incluida la gente corriente. Pero los ciudadanos, exculpados por los políticos de cualquier clase de autoría en la crisis, son reacios a asumir coste alguno. Un plan de ajuste como el que necesita la economía española, un programa de estabilización como el famoso de 1959, tendría que repartir la pérdida de riqueza asociada a la caída del precio de la vivienda, el desempleo rampante y una deuda que asfixia. Los salarios deberían bajar para recuperar la competitividad perdida. Tendría que recortarse severamente el gasto público, sin abrigo para el gasto social. La prestación sanitaria debería encarecerse, las pensiones tendrían que rebajarse, habría que endurecer las condiciones de percepción del subsidio de desempleo. El problema de las burbujas, que son muy populares y agradables, llega cuando explotan. ¿Quién le pone el cascabel al gato? Yo no veo al Rey capaz. Zapatero ha hecho justo la pedagogía contraria. El corolario es que tendremos que pasarlo mucho peor para que pueda cocerse una respuesta solidaria. ■